

blos, que para los reyes, enseñó á estos que su insaciable voracidad agotaban los manantiales de las rentas públicas, sofocaba en su gérmen y esterilizaba para siempre los grandes elementos de prosperidad con que plugo al Criador enriquecernos.

A este sistema desastroso é imprevisor, se debió en mucha parte la miseria del pueblo, su vergonzosa desnudez, su indolencia y apatía, y esa funesta resignacion con que sufría su triste suerte, como el prisionero que soporta tranquilo sus cadenas, cuando ve que no tiene ni aliento ni vigor para romperlas. Y esa resignacion que tanto degrada á la humanidad y la envilece, es lo que los monarquistas de nuestros dias han llamado *felicidad*, esa triste serenidad con que el esclavo llega á soportar su sevidumbre, es lo que ellos mas han recomendado como un estado de paz y de sociego imperturbable, al que debemos sacrificar la libertad y todos los derechos y todos los bienes que los heroes de nuestra independeneia, conquistaron con sus magnánimos esfuerzos. El pueblo, por instinto atribuía á los reyes todos los males del sistema colonial, tanto mas, cuanto que comunmente las contribuciones se imponian para sostener el esplendor del trono, ó la magnificencia de los príncipes, ó algunas de esas guerras en que el orgullo de los monarcas, empeña á las naciones. Las clases mas pensadoras conocian que aquellos males debian atribuirse á la esencia misma de la monarquía, pues veian que la España, así como sus colonias, sufría en mucha parte unas mismas calamidades. Veian tambien que las guerras de sucesion ensangrentaban á las monarquías y se prolongaban por muchos años, retardando el progreso y la civilizacion de las naciones. Esto bastaba para tener aversion á la monarquía, para ver esta institucion como una calamidad que era de desear cesare cuando fuere posible fundar otro gobierno mas análogo á la felicidad del pueblo.

No habia, pues, afecciones por la monarquía, sino en las clases privilegiadas; y estas clases verdaderamente se reducian al clero, á los comerciantes españoles que enriquecian con el monopolio, á los oidores y otros funcionarios de gerarquía que especulaban con sus empleos, y á algunos nobles que disfrutaban grandes pensiones sobre el erario, ó se habian envanecido con la esperanza de transmitir su oscuro nombre á la posteridad, con la sucesion hereditaria de sus riquezas. Así es que, estas clases privilegiadas, que preveian el triunfo de la democracia con la consumacion de la independeneia; esa aristocracia que estaba aterrizada con los sucesos de la revolucion de Francia, y con los progresos de una república vecina; esa oligarquía que veía al pueblo con desden ó con desprecio y que confundía bajo el nombre de *populacho*, á todas las clases laboriosas que ella misma habia empobrecido, tembló aterrizada cuando resonó en sus oidos el grito de Dolores. Entónces la arrogante aristocracia, volviendo en sí del pavor que le infundió la proclamacion de la independeneia, juró oponerse á ella, y se opuso con todos sus esfuerzos; porque en los designios de Hidalgo, Allende y Abasolo, no veía solamente la emancipacion de una colonia, sino el triunfo del pueblo sobre las clases privilegiadas; la victoria tal vez sangrienta, pero inevitable, de la democracia sobre la aristocracia, la destruccion de todos los privilegios opresivos, de todas las injustas preeminencias. Veía, en fin, en aquella revolucion, la igualdad santa del Evangelio, que pasaría un dia su nivel sobre las cabezas de los magnates orgullosos para hacerlos bajar del pedestal de su grandeza, y confundirlos durante la vida con todos sus hermanos, como se han de confundir en el sepulcro las cenizas del pobre y del potentado y el polvo á que se reducen al fin el opresor y el oprimido. La aristocracia preveía el próximo establecimiento de una república, y temblaba por su porvenir al contemplar aque-



llas masas de pueblos que se levantaban por todas partes, conmovidas á la voz de Hidalgo, y reanimadas con una nueva vida, como han de levantarse á la voz de un arcángel en el gran día de la resurreccion, las generaciones que reposan ahora bajo las tumbas silenciosas.

¡Día grande aquel y memorable de la resurreccion política de nuestra patria! ¡Día sin igual en los anales de nuestra historia! Día cuya historia reanima nuestro corazón y hace que la sangre circule con ardor en nuestras venas. Día que México recordará siempre, como recordaba el pueblo de Israel aquel en el que salió de Egipto, y en el que quebrantó el cetro. Por eso lo celebramos todavía y lo solemnizarán las generaciones venideras, porque de él puede decirse lo que á los Israelitas decia Moisés, encargándoles que no olvidasen el fausto día en que habian sido redimidos de dura servidumbre. *«Este día, les dice, será un monumento para vosotros, y lo celebrareis ante Dios solemnemente de generacion en generacion, con un culto perpetuo.»* Nosotros tambien ¡oh Dios! celebraremos ante tí de generacion en generacion aquel día tan hermoso, que jamás lo vieron igual nuestros abuelos; que jamás lo verán tan grande y tan glorioso las generaciones que han de sucedernos. Decia, señores, que la aristocracia habia visto como próximo é inevitable el establecimiento de una república, desde que se proclamó en Dolores la independenciam; pero ya antes habian aparecido en México ostensiblemente las ideas democráticas, cuando en 1808 se suscitaron graves cuestiones, sobre la institucion de un gobierno provisional independiente. Entónces se apeló al pueblo representado en los ayuntamientos, entónces se proclamó el principio de la soberanía popular, aunque condenado como herético, por la inquisicion, y desde entónces tuvo tambien sus mártires la república. El Lic. Verdad y Ramos, murió en un calabozo y todo hace creer que se hechó mano de

un veneno para terminar los días de aquel, que habia sido el primero en tomar la voz del pueblo y proclamarlo soberano.

¿Cómo, á pesar de la suspicacia de la inquisicion, habian podido infiltrarse en los espíritus las ideas democráticas?..... Precisamente porque la misma prohibicion de leer los libros de los publicistas, excitaba vivamente la curiosidad de los hombres estudiosos, y en los mismos índices espurgatorios del tribunal llamado de la fé, y en sus edictos dirigidos á combatir los principios políticos que ahora forman la base de los gobiernos populares, hallaban las personas de talento, indicadas las fuentes de la ciencia política, y procuraban con ahínco adquirir y leer unas obras que, la inquisicion prohibia porque enseñaban los derechos del hombre, y recordaban á los pueblos su dignidad y su grandeza. El gobierno español no pudo ménos de asombrarse, cuando vió por la primera vez que habia en México ideas democráticas, y los diputados americanos en las cortes de Cádiz, hicieron ver al mundo, que en materias políticas sabian mas, que lo que los españoles habian permitido se les enseñase en las universidades y colegios.

Por lo que hace al pueblo y á la clase média, si no conocian á fondo la democracia, tenian sí, instintos democráticos tan vivos, que bastó la voz de un párroco del pueblo, para que aquellas clases desarrollasen con energía tales instintos. Olvidando pues, en un momento, las máximas de obediencia á los reyes, máximas que por tanto tiempo se habia procurado inculcarles, y despreciando los anatémas de la inquisicion y las excomuniones de los obispos, el pueblo se levantaba en masas que se agrupaban al rededor del ilustre caudillo de Dolores, y millares de personas de la clase média, empuñaban las armas para pelear por una causa que tenia por adversarios al clero y á la nobleza, á la inquisicion y á los mismos reyes.

¿Donde está pues, ese amor á los monarcas, ese hábito de



sumision y de ciega obediencia al rey, del que los monarquistas de nuestros tiempos, suponen dominada á la colonia en aquellos dias gloriosos, en que el mismo pueblo combatía contra la causa de los reyes, y derramaba su sangre por el triunfo de la democracia en Aculco y las Cruces, en Guanajuato y Calderon? De la clase media y tambien del pueblo salieron los caudillos del mismo, los que lo reanimaron con su voz, los que lo dirigian en los combates, los que muchas veces asombraron á sus mismos opresores con su valor y sus hazañas.

Cuando la guerra de independencia no habia tomado aun aquel caracter de atrocidad y de barbarie, que debió á la crueldad y obstinacion del gobierno español, algunos de los primeros caudillos de la nacion, creyeron dar un paso á la consumacion de sus designios y evitar al país las calamidades de la anarquía, proponiendo á los españoles, como una transaccion, el establecimiento de la dinastía de los borbones en México; pero este pensamiento fué acogido con repugnancia por los independientes y desechados por el gobierno vireinal. Muy pronto conocieron, pues, los gefes de nuestra independencia y sus ilustrados colaboradores, que la causa nacional era inseparable de la institucion de la república, y que la independencia no saldría jamás victoriosa de la sangrienta lucha en que combatía, si con ella no triunfaba tambien la democracia. Proclamaron pues la república, como base de la guerra nacional, y la inquisicion y el clero, se horrorizaron al oír el nombre de aquella institucion, maldijeron á la democracia como herética é impía, y porque algunos demagogos de la revolucion francesa habian sido ateos, quisieron hacer creer al pueblo, que los ilustres gefes de nuestra independencia, eran tambien impíos porque proclamaban la república. Olvidando, ó aparentando desconocer esa admirable armonía que existe entre las máxi-

mas del cristianismo (que predica la igualdad) y los principios de una democracia fundada en la moralidad y en la justicia, querian persuadir al país que el cristianismo desaparecería de entre nosotros, cuando la república llegara á establecerse. Y ved aquí, como desde entónces se empeñó sériamente en México la discusion de las doctrinas democráticas.

Era imposible hacer creer al pueblo que era impía la causa de la república, identificada ya desde entónces con la de la independencia; porque un sacerdote profundamente instruido en las ciencias eclesiásticas, habia sido el primero que proclamó la emancipacion: porque Hidalgo entre el furor de los combates y entre el estruendo del cañon, habia tenido serenidad para escribir contra la inquisicion, defendiendo su religiosidad y refutando las calumnias con que los obispos quisieron abrumarlo. Despues aparecieron como gefes de la causa nacional, Morelos, Matamoros y otros eclesiásticos, cuya religiosidad era intachable. Despues de ellos se presentó en lid, aquel Dr. Cos, aquel cura cuyos escritos harán eterno honor á la república. Otros ilustres escritores como Quintana Roó, sostenian las doctrinas republicanas, y difundian entre sus conciudadanos los principios políticos de los gobiernos populares. Por este tiempo, se discutian tambien en España principios muy análogos; y cuando los escritos españoles sostenian en su país la causa de la libertad; cuando el pueblo español proclamaba el dogma eminentemente democrático de la soberanía nacional y disputaba á los reyes su autoridad omnipotente; cuando los guerreros de la península combatieron heroicamente por la independencia de su patria, y por una constitucion mas bien democrática que monárquica; cuando en fin los diputados de la corte de España sostenian en sus discusiones que la voluntad del pueblo es el origen de toda autoridad, que solo él puede dictar leyes por medio de sus representantes; que el pensamiento es libre y que



debe serlo también la imprenta, como el más admirable instrumento de la difusión de las ideas; aquellos escritores, aquel pueblo, aquellos guerreros, y aquellos diputados estaban quizá muy lejos de creer que trabajando por el engrandecimiento de su patria, trabajaban al mismo tiempo, por el establecimiento de una constitución republicana en las colonias; porque exceptuando la sucesión hereditaria del poder en una dinastía y la aparente inviolabilidad de los monarcas, todo era republicano, todo era democrático, todo era popular en los principios que sostenían y propagaban en España los constitucionales.

Cuando se restableció en los dominios españoles el poder absoluto de Fernando, las esperanzas de libertad bajo un orden constitucional, se desvanecieron, y entonces se disipó también la última ilusión en favor de la monarquía, porque se preveía desde luego, lo que una experiencia dolorosa ha enseñado á la España, que para enfrenar el poder absoluto de los reyes, para establecer una monarquía moderada, para consolidar una constitución, tendría que pasar por esa misma serie de discordias y de calamidades, de turbulencias y trastornos, por los que hemos pasado los americanos de origen español, para establecer y consolidar la democracia. Entonces fué cuando los gefes de nuestra independencia, se afirmaron más y más en sus creencias republicanas, y cuando muchos monarquistas de buena fé, se convirtieron sinceramente á la república.

Al hablar de la destrucción del orden constitucional en la Península, se revuelve en mi alma involuntariamente la memoria de Mina, de aquel prodigio de valor á quien no podíamos de dejar de amar los que tenemos á honor el haberlo conocido, porque lo amaban los mismos que habían sido vencidos por sus armas. Aquel joven bizarro apareció en nuestro país ofreciendo su espada y su valor á los caudillos de nuestra independencia, cuando más necesitaba la patria de sus esfuerzos. No ve-

nia como se ha dicho, á pelear solo por el restablecimiento de la constitución en su malhadada patria, sino que proclamaba á voz en cuello la independencia como justa, como necesaria y también como gloriosa, porque su grande alma buscaba la gloria, que conquistó al fin con sus hazañas. Convocaba de nuevo á los mexicanos á una lid, de la que muchos se habían retirado para respirar por un momento. Y ¿qué ofrecía á los valientes que se alistaron en sus banderas? ¿Les prometía acaso ascensos, condecoraciones ó riquezas? No: sus promesas eran dignas del guerrero que las hacía y de los valientes que iban á seguirlo y á participar de sus fatigas. Mina, no ofrecía en sus proclamas sino triunfos y gloria y esto bastaba para satisfacer la ambición de las grandes almas, prometía, pues, á los guerreros algunas ramas de aquel laurel con que iba á ceñir su frente la victoria; les prometía algunos destellos, de aquella gloria que el envidiaba, y que ya había coronado con una aureola á Morelos en Cuautla y en la acción del Palmar á Matamoros. Mina venía buscando al general Victoria, á aquel constante defensor de la independencia, que se retiró á los bosques para vivir más bien entre las fieras, que entre aquellos á quienes ya no le era dado combatir, después de haber alcanzado de ellos triunfos gloriosos. Vencedor en Pestillos y en Soto la Marina, Mina, atravesó doscientas leguas con un puñado de valientes, imponiendo á sus enemigos, y llegó al Bajío á unirse con Comanja con aquel Moreno que combatió por la independencia nacional con una constancia heroica prodigiosa. Alguna vez se levantará entre las quebradas de aquellas serranías un momento que transmita á la posteridad la memoria de tantas hazañas, con que ilustraron su nombre los valientes que peleaban allí día por día, y que algunas veces tuvieron en un solo día, varios combates y varias victorias.

Cuanto más se difundían en nuestro país las ideas republi-



canas, adunadas con la independencia, mas desarrollo manifestaba el gobierno vireinal contra la causa de la patria, y para atacar los principios democráticos, no hubo medio, por indigno que fuese, de que no echara mano aquel gobierno. Los obispos dirigian pastorales á sus diócesis anatematizando la república; la inquisicion la maldecia desde sus antros tenebrosos; la audiencia de México pedia que no hubiese transacion ni indultos, ni perdón para los republicanos insurgentes, y todas esas autoridades, y mas que todas el consulado de esta capital, procuraban en sus escritos presentar al pueblo de México, como una horda de idiotas, y le llamaban expresamente *pueblo de autómatas*, indigno de tener una representacion en el congreso de la península, indigno de tomar la mas pequeña parte en la direccion de los negocios públicos. Lo que habia de mas detestable en esos escritos, era el empeño de suscitar entre esas castas, que para oprobio del gobierno español, subsistian aun reconocidas por la ley y envilecidas por ella misma, cuando los heroes de Dolores las convocaron para reconquistar su dignidad, combatiendo por la nacionalidad y por la independencia de su patria. En tales escritos se hablaba de nobleza y de hidalguía á un pueblo de hermanos que sin distincion de razas, ni de colores, habian clamado una misma causa, habian derramado su sangre por sostenerla; que tenian por gefes á hombres de todas castas y colores, indios y criollos, negros y españoles; rivalizando entre sí por su valor y hazañas. Hablaban de distincion de sangre y preeminencias de nacimiento, á hombres animados de un mismo espíritu, inspirados por un mismo deseo, que habian unido sus almas con la amistad, con la fraternidad santa que establece el Evangelio, y que habian confundido su sangre derramándola en las batallas, por una misma patria. Así era como los españoles todo lo profanaban para sostener la causa de la opresion y de la monarquía. El clero profanaba la religion, haciéndola

instrumento de opresion, de odio y de venganza, prostituyendo la cátedra de la verdad para tributar en ella los elogios á los sanguinarios opresores, violando tambien el sigilo sacramental, para servir á los tiranos. La inquisicion, apoyando la monarquía, hacia mas odiosa la causa de los reyes, la agobiaba con aquel odio con que era vista ya el tribunal de la fé, el tribunal inicuo que juzgó á Morelos como hereje, que quiso degradarlo de su dignidad sacerdotal, y que hizo caer por mano de verdugos, aquella cabeza que la gloria coronó de laureles tantas veces, y aquella mano que empuñó en los combates la espada formidable. Todo, pues, contribuía entónces para hacer odiosa la monarquía; todo predisponia los ánimos para hacer de la institucion de una república, el complemento de la grande obra de nuestra independencia y la consumacion de los profundos designios que la mente de Hidalgo concibió en el glorioso dia 16 de Setiembre de 1810. En ese dia el heroe de Dolores y sus ilustres compañeros, conocieron toda la magnitud de su obra, todos los obstáculos que se iban á oponer á la realizacion de una empresa que, á las almas vulgares habria parecido un vano sueño, ó cuando mas un delirio placentero. Pero tambien desde entónces aquellos héroes previeron su destino y se ofrecieron gustosos en holocausto, para redimir al pueblo con su sangre. El pueblo estaba aletargado en el sueño de la abyeccion y de la servidumbre, estaba postrado en su miseria y parecia incapáz de todo grande esfuerzo; casi todas las clases estaban humilladas, resignadas con aquella paz que se parece á la calma de un calabozo, y al lúgubre silencio de las tumbas; pero en aquellas clases desfallecidas y casi amortiguadas, percibió el héroe una chispa de vida, y un fuego que ocultaban sus entrañas. Al contemplar á Hidalgo en aquellos momentos en que se acercaba la realizacion de sus designios, me parece ver á Ezequiel cuando Dios presenta á su vista un cam-



po cubierto de huesos humanos y le dice.....¿Crees tú, que yo puedo dar vida á esos huésos?.....Tu lo sabes Señor, dice Ezequiel, como si dudase por un momento de que el Exelso pudiese reanimar aquellos restos. Quizá tambien cuando Hidalgo se amedrentaba al contemplar la magnitud de la empresa que iba á acometer, cuando vacilaba al considerar la abyeccion del pueblo y su miseria, el Dios de Quiroga y de Las-Casas, se apareció el americano sacerdote y lo reanimó diciéndole.....¿Crees tu, que yo puedo reanimar á ese pueblo?.....¿Cres tú, que yo pueda infundirle un valor heróico y un espíritu de libertad que le haga conocer su afrenta é indignarse de tanta servidumbre.....Habla, y verás como los esclavos se levantan á tu voz y vienen animosos á luchar con intrepidez sometiendo su voluntad á tus mandatos.....” Y el héroe levantó su voz y los pueblos se conmovieron, y millares de hombres del pueblo y de la clase media vinieron á escuchar de los lábios del héroe, aquella palabra de vida y de esperanza, aquella palabra de *independencia* tan significativa y tan fecunda, á aquella palabra vivificadora, proscrita tiempo ha por los tiranos, aquella palabra que nuestros padres no pronunciaban sino en secreto, y llenos de terror, como si su lábio profiriese una blasfemia. Y esa palabra, sola sin mas promesas, sin mas halagos, sin mas seduccion que la expectativa de los bienes que ella ofrecía, bastó para transformar á un pueblo de colonos en una masa tumultuosa, pero imponente, de guerreros que presentaban al héroe sus brazos esforzados para conquistar en las batallas una patria. Mas de cien mil combatientes rodeaban á los héroes de Dolores y se agitaban y conmovian á la voz de Hidalgo, ó esperaban tranquilos y sumisos sus mandatos. No eran ellos sin duda, los que en aquella imponente confusion debian consumir con la victoria la heroica empresa que habian acometido; ellos debian de conseguir

algunos triunfos, debian asombrar á los déspotas con prodigios de intrepidez y con azañas de temeridad y de despecho, pero aquellos guerreros debian ser disipados y dispersados por el infortunio, para ir á propagar, por todas partes, su espíritu patriótico y marcial. El aspecto que han presentado en nuestro país esos cien mil guerreros, armados muchos de ellos de masas y de coas, de lanzas y de picas, de hondas y de piedras, sometidos todos á la voz de un caudillo denodado, forma sin duda el cuadro mas grandioso de nuestra historia, y jamás hombre alguno disfrutará quizá en nuestra patria esa gloria de Hidalgo y ese prestigio de popularidad, que bastaría por sí solo para hacer indeleble su memoria. El fué el primero que hizo conocer al pueblo todo su poder, toda su fuerza. Este pueblo vencido, ó vencedor, reunido en grandes masas ó dividido en pequeñas fracciones, teniendo por gefe á Hidalgo ó á Morelos, á Victoria ó á Rayon, á Bravo ó á Guerrero, ha luchado diez años, derrotando muchas veces en sangrientas acciones las legiones disciplinadas que defendian la causa del rey y de la España. Pues bien: un pueblo que para entrar en esta lucha ha tenido que desafiar al poder real, que no se ha intimidado ni con las amenazas de ese poder, ni con el apoyo que le prestaba la nobleza, que se ha hecho superior aún á sus preocupaciones religiosas, despreciando los anatemas de los obispos y de la inquisicion, que maldecian como herética la república y como impía á la independencia; un pueblo al que ni el poder mismo del sacerdocio, ni sus predicaciones han podido separar de su propósito; un pueblo al que no han aterrorizado ni las horcas, ni los patíbulos, ni el incendio de sus hogares, ni la devastacion de sus aldeas; un pueblo, en fin, que despues de una guerra tan prolongada y tan sangrienta, no veia por todas partes sino ruinas y túmulos, orfandad y desolacion, y que maldecía á los monarcas á cuyo nombre se cometian tales



estrados, no podía tener ni inclinacion, ni mucho menos afecto á la monarquía: diré mas: no podía menos de detestarla y propender irresistiblemente á la institucion de una democracia, bajo cuya bandera habia peleado, y cuyos estandartes habia visto tremolar victoriosos en cien combates.

Cuando en 1821 las clases privilegiadas de nuestro país, temiendo las reformas políticas del sistema constitucional, y conociendo por otra parte que la independenciam era inevitable, combinaron tal vez entre las sombras de los claustros, el plan monárquico de Iguala; el pueblo, fatigado de un combate al que de nuevo le llamaba en el sur, la formidable voz del general Guerrero, no vió en aquel plan sino un medio más expedito para consumir la independenciam, y no consideró el llamamiento á los Borbones, sino como el último y desesperado recurso á que apelaba una aristocracia agonizante, para retardar el triunfo indefectible de la democracia. Así vimos, que ni el prestigio inmenso de Iturbide, ni su fama de valeroso y esforzado, ni su gloria de Libertador, ni el esplendor de su trono erigido en la antigua capital de Moctezuma, ni el brillo de una corte llena de ostentacion y de grandeza, ni el aparato de una coronacion, ni las imponentes ceremonias de una consagracion religiosa, ni el vigoroso apoyo que entonces prestaban al nuevo trono el poder y las riquezas de una opulenta aristocracia, nada, en fin, pudo sostener la diadema imperial en la cabeza de aquel á quien el pueblo amaba, aun cuando le veia coronado por la nobleza y por el sacerdocio, como se corona á la víctima, cuando se prepara al sacrificio. Todo aquel sueño de monarquía, todo aquel aparato fantástico de magestad se disipó como el humo, en un instante, todo se desvaneció á la voz del pueblo, verdadero soberano, verdadero rey; porque habia destrozado en la guerra el cetro de los reyes; porque habia conquistado su soberanía entre el estruendo del cañon, y en medio

del furor de las batallas. Y lo que entonces sucedió con el imperio de Iturbide, sucederá siempre que se intente fundar en nuestro país una monarquía que no tiene en él, base ni apoyo; porque esta institucion ha sido y será siempre entre nosotros, como la grande estatua que vió en sueños Nabucodonosor, cuya cabeza era de oro, el pecho y brazos de plata, el vientre y muslos de cobre, pero que descansaba sobre unos piés de barro; súbitamente cayó sobre ella una piedra y vino al suelo la gigantesca estatua.

Cuando Iturbide estaba desvanecido con los incienso que los serviles cortesanos ofrecen á los monarcas, á quienes llaman los dioses de la tierra, resonó una voz que estremeció el nuevo trono y que hizo temblar aquella corte improvisada; era la voz del anciano padre Mier, víctima del mas puro patriotismo, mártir de la república y de la independenciam y aquella voz repetía las terribles palabras de Dios que decia á Israel "*Dabo reyes in furore meo et auferam in ira mea.* Os daré reyes, como instrumentos de mi furor y los derrocaré en el dia de mi ira."

La imprenta, con sus cien voces, repitió aquel anatema formidable, y comenzó desde entonces á propagar con libertad las ideas democráticas, los principios fundamentales de la república, presentándolos á todas las inteligencias y á todas las capacidades bajo tantas formas, como el espíritu humano sabe dar á sus pensamientos cuando quiere difundirlos entre las masas y hacerlos populares. Desde luego hallaron un eco estas ideas en todos los corazones, un apoyo en todas las creencias; porque los escritores republicanos no eran sino fieles intérpretes de la opinion nacional, del voto de los pueblos. Entonces los ilustres generales Bravo y Guerrero salieron prófugos de la corte imperial y vagaron perseguidos hasta llegar á las comarcas del sur, teatro de sus campañas y sus triunfos en la guer-